

encontré en casa de la humilde sierva. No se halló otra tal en la gracia de humildad; por lo cual la plenitud de mi divinidad descansó en la abundancia de su humildad. ¡Oh humildad tres veces dichosa, dice S. Agustín (1), que dió Dios á los hombres, restituyó la vida á los muertos, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió el paraíso y libertó á los hombres del infierno. ¡Oh humildad de la Virgen verdaderamente gloriosa, que fué la escala del cielo por donde el Señor del universo bajó á la tierra, porque como ella misma confiesa, miró aquel á la humildad de su sierva y se complació singularmente en la misma.

§. V.—La obediencia y el consentimiento en la divina voluntad, cuarta calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

El deseo del esposo celestial.

I. Las calidades propuestas hasta aquí no han sido mas que como las disposiciones y preparativos de la última, la cual echó el sello á todas las otras y tuvo poder para hacer bajar del cielo nuestra única dicha; porque como dice muy oportunamente S. Pedro Crisólogo (2), justamente concibe al Verbo la que creyó la palabra. Otro doctor observa con mucho acierto que viniendo á la tierra el Señor de todas las cosas no para mandar, sino para obedecer, requería la razon que la concepcion empezase por la obediencia de la madre. Esto se manifestó en el consentimiento que dió á las palabras del ángel, y sin el cual no se hubiera hecho nunca nada, porque como dice muy bien Guillermo el pequeño escribiendo sobre el libro de los Cantares, Dios no quería tomar nuestra naturaleza de la gloriosa Virgen, como habia formado á

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 2 de Annuntiat.

la primera mujer de la costilla de Adam; mas deseaba que esto saliese de la libre voluntad de aquella. El doctor angélico alega la razon (1) diciendo que pues la encarnacion no era otra cosa que un matrimonio solemne entre el Verbo divino y nuestra naturaleza, se requería enteramente el consentimiento de los dos, y para este fin se envió la embajada á la Virgen, la cual respondió por toda la naturaleza humana.

II. Por este motivo su abuelo el profeta David encargaba tanto á la señora que atendiese cuidadosamente al aviso del cielo y á la respuesta que ella habia de dar. Escucha, hija mia, le dice (2); pon atento oído al divino parainfo; mira que el rey está prendado de tu hermosura. Esto quiere decir segun la paráfrasis de Crisippo de Jerusalem (3) que el Padre eterno quiere tenerte por esposa; el Espíritu Santo desea dirigir esta boda y el Hijo tenerte por madre: concebirás un hijo que no será hombre solamente, sino que serás madre de aquel á quien adoras como á tu señor y á tu Dios. No nos toca comprender con qué ansia llevaron adelante las tres divinas personas la conclusion de esta boda, y especialmente el Verbo increado, cuyos castos deseos sobrepujaban de una manera indecible la pasion mas ardiente de todos los hijos de la tierra. No está al alcance del entendimiento humano concebir de qué modo abrasaba interiormente el corazón de aquella angelical princesa dirigiéndole las palabras del Cantar de los cantares: Oh tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz (4). Es un privilegio incomprensible de la hermosura y grandeza de la virgen María que aquel en cuya presencia los espíritus puros no tienen gracia, ni hermosura,

(1) P. 3, q. 30.

(2) Psalm. XLIV.

(3) Hom. de sancta M. Deip.

(4) Cant. VIII.

aquel que es adorado de las estrellas de la mañana, y que es la única hermosura del mundo, codiciase la de una criatura mortal y la hiciese tan singular y peregrina, que él mismo no pudo defenderse de sus irresistibles atractivos.

El deseo de la tierra.

III. Si el cielo esperaba con santa impaciencia la respuesta de la gloriosa Virgen; júzguese con qué ansias la desearia la tierra, por cuyo bien se trataba aquella union. Así es que el profeta Isaías, intérprete de los deseos de toda nuestra naturaleza, ilustrado por espíritu celestial pedia (1) no solo que el cielo enviase el rocío esperado de mucho tiempo atrás, sino también que la tierra abriese su seno para recibir y hacer brotar el fruto anhelado. ¡Qué gusto es oír á los santos cuando se figuran asistir al sagrado cónclave de Nazaret, donde se trataba este negocio tan importante al mundo, é instan á la Virgen para que dé pronto la respuesta y no haga desfallecer al cielo y á la tierra! «Da pues con tu respuesta tu consentimiento, oh santa señora, le dice S. Agustín (2): el ángel la espera, y tú eres la única causa de la tardanza de nuestra dicha y de la impaciencia del cielo. Has oído la nueva: ya sabes que el Espíritu Santo ha de dirigir esta obra; que la virtud del Altísimo te hará sombra; y que serás madre sin dejar por eso de ser virgen. Se nos ha hecho entender que comenzaba á abrirse la puerta del cielo cerrada antiguamente por el primer hombre y que ya habia pasado el santo arcángel: que Dios estaba en expectacion y le parecia raro que tardase tanto su mensaje. Oh esclarecida princesa, todos los siglos cautivos están

(1) Isai. XLV.

(2) Serm. 47 in nat. Domini.

á tus pies para escuchar una palabra propicia de tus labios: tú eres el rehen de nuestra paz presentado á Dios con el consentimiento de todo el mundo, porque fuera de tí no hay ninguna esperanza de salvacion. El mundo te suplica humildísimamente que por tu medio reciba la absolucion el pecado de sus padres y se nos abran de par en par las puertas del cielo. El consentimiento que dieres, no nos será menos honroso que provechoso á toda tu descendencia, porque Dios mismo te tomará por esposa, y nosotros esperamos que á favor de esa divina boda haremos las paces con él. Y tú, santo arcángel, nuncio del cielo y legado de la majestad de Dios en la tierra, consejero de estado á quien la santísima Trinidad encomendó el secreto de todos los siglos y dió sus credenciales, por favor abraza nuestro partido y no omitas ningun medio para que tenga buen éxito el negocio encomendado á tu diligencia. Si le llevas al cabo, todos tus compañeros que nos quieren bien, te lo agradecerán con nosotros, y desde aquel punto te estaremos eternamente obligados. Considera por tu vida que uno de los tuyos fué la primera tea de discordia que nos separó de esa dulce compañía, y así es razonable que alguno de vosotros trabaje eficazmente para ajustar nuestras paces. No ignoras la condicion lamentable de los hombres y la suma desgracia á que están reducidos. Todas estas consideraciones te obligan á solicitar por nosotros y á hacer que cuanto antes veamos los efectos de tus caritativas diligencias. Y pues es necesario que volvamos otra vez á tí, oh Virgen santísima, te pedimos por caridad que te apiades de nosotros. Dí una palabra y recibe un hijo: da tu palabra y concibe la palabra eterna de Dios: abre tu seno y hospeda al que contiene todas las cosas en sí mismo. Con una sola palabra, con un sí ó un no nos abres ó nos cierras el cielo para siempre.» Así se explica el incomparable S. Agustín.

IV. El devoto S. Bernardo le apoya y derrama toda la dulzura de su elocuencia para mover el corazón de la castísima esposa. «Santa señora, le dice (1), has oído el mensaje y sabes de qué modo debe de cumplirse: lo uno y lo otro es admirable, pero igualmente dulcísimo. Tú no has dudado del hecho, pues ¿por qué has de dudar del modo, cuando el Espíritu Santo es el que ha de sacarlo adelante por un camino extraordinario? Mas el mensajero insta para llevar la respuesta, y nada retrasa su regreso sino tu resolución. A nosotros nos acongoja la expectativa, porque es á quien mas importa este negocio para nuestra salvación. En tus manos está el precio de nuestra libertad: nos basta una sola palabra de tu boca para ser libres por siempre. Fuimos hechos por una palabra eterna; pero es necesario que seamos reformados y reparados por una palabra temporal que saldrá de tu boca. Esta es la humilde petición que te presenta el pobre Adam desterrado del paraíso, el fiel Abraham, el piadoso David y todos tus parientes cautivos entre las sombras de la muerte. Esto espera de tí toda la naturaleza postrada en tu presencia, porque de una sola palabra que digas, depende el consuelo de los afligidos, la libertad de los cautivos, el perdón de los reos y la salvación de todo el linaje humano. Dí, santa señora, dí esa palabra anhelada del cielo, esperada de la tierra y de los que están detenidos en el limbo, deseada de Dios mismo, á quien agradecerás tanto y mas con tu respuesta como con el silencio guardado hasta aquí. ¿Qué puede detenerte justamente después de haberlo deseado con tanta ansia, cuando ahora no dependemas que de tí? Tu humildad no debe de perjudicar al bien comun, y tu cautela seria vituperable, si impidiera nuestra libertad. Tiempo es que la resolución

(1) Hom. 4, in Missus.

triunfe de la modestia y que prevalezca la confianza sobre el concepto que tienes de tu bajeza. Abre el corazón á la fé, da tu consentimiento y recibe en tu seno al criador y reparador de todas las cosas (1).»

V. Asi va el melifluo doctor arengando á la hija amada del cielo, la cual convencida al cabo de tantas razones, compadecida de nuestras infinitas miserias y cierta de la voluntad divina no puede negar mas el consentimiento de que depende su suma dicha, nuestro único bien y la mayor gloria de Dios. Escuchad, espíritus bienaventurados, y enmudezca toda criatura: silencio en el cielo, en la tierra y en los infiernos, que va á hablar la madre de Dios. Ve aquí, dice, la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra; lo cual en testimonio de S. Andrés de Candía equivale á decir (2): ya no pongo impedimento á la ejecución de los admirables designios de su majestad: mi seno está tan abierto para recibir á mi Dios y señor como mi corazón dispuesto á cumplir todas sus voluntades y mi voluntad aparejada á hacer todo lo que él ordenare. Yo no soy mas que una tabla lisa, dice Teofilacto (3); ponga el divino pintor en ella los pinceles y colores que quiera: yo soy su obra; empléela segun su beneplácito: con tal que saque su gloria de mí, eso me basta. ¿Qué mas deseais? dice S. Euquerio: ella oyó, consintió y concibió. ¡Oh dichosa obediencia! exclama S. Agustín (4). ¡Oh gracia señalada! ¡Oh palabra de humildad, que formó un cuerpo al artífice de todas las cosas! En esta ocasión

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur.—«Ve ahí que el deseado de todas las naciones está fuera llamando á tu puerta. Si tu lentitud le obliga á pasar adelante, luego tendrás que buscar con dolor al que tu alma quiere tan tiernamente. Levántate pues, corre y abre: levántate por la fé; corre por el fervor; y abre por un humilde consentimiento. María cree al fin este consejo, y la veo resuelta á obedecer la voluntad divina.

(2) Serm. de Annuntiat.
 (3) In expositione Missus est.
 (4) Serm. 48 de sanctis.

Dios cumplió en ella lo que de muy antiguo tenia prometido por su profeta diciendo que la obediencia le agradaba mas que los sacrificios y la ciencia de Dios mas que los holocaustos: porque en verdad la obediencia se llevó el precio sobre todas las víctimas del mundo y la resignacion aventajó á todas las hostias ofrecidas jamás á Dios. Este consentimiento fué el punto de su felicidad y el principio de la gloria que ella misma profetizó cuando dijo que la llamarian bienaventurada todas las naciones de la tierra. S. Lorenzo Justiniano no sabe de qué palabras valerse para pintar la alegría que siente en su corazon, y el fruto que esta respuesta produjo al mundo. «Cosa singular, dice (1), que una sola palabra pudo llenar de gozo al cielo, colmar de alegría á los ángeles, hacer renacer la esperanza en el mundo cautivo, aterrar á los demonios, dar satisfaccion al mensajero del cielo y consolar singularmente á los santos padres que estaban detenidos en el limbo, porque no es decible con qué ansia esperaban una respuesta favorable; y si bien por un lado no podian perder la esperanza de su libertad, por otro la modestia y recato de la Virgen los tenia recelosos, de suerte que en cuanto supieron la buena nueva del consentimiento dado, todos de comun acuerdo prorumpieron en hacimientos de gracias á Dios diciendo: Bendito sea el señor Dios de Israel, que se dignó de visitar y redimir á su pueblo escogido.»

VI. Aquí me veo embarazado con gran temor de pasar adelante, y si S. Bernardino de Sena no fuera un insigne teólogo y un gran santo, nunca me atreveria yo á publicar la proposicion que él sienta. Con efecto dice que por el acto de fé, obediencia y resignacion que la Virgen practicó en este consentimiento suyo, mereció

(1) Serm. de Annunziat.

mas que todas las criaturas juntas, es decir, los ángeles y los hombres, en las obras, palabras, pensamientos y trabajos de toda su vida. No obstante creo que habrá medio de habituarse á esa proposicion (y así discurre aquel esclarecido siervo de la Virgen); si consideramos que este acto fué tan heróico y noble, que mereció el imperio del universo, la plenitud de todas las gracias de Dios, de todas las virtudes, de todos los dones y frutos del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, las gracias gratuitas, la union de la virginidad con la fecundidad, y lo que es mas, el título y honor de madre de Dios (1). Así pues como el premio de este acto es mas alto y excelente que el galardón concedido á todos los méritos de los Santos juntos, así puede decirse que el consentimiento solo de la Virgen se aventajó á todas las mayores proezas de ellos. Oh reina adorable, yo te venero de todo corazon, y respeto el tuyo como el santuario de Dios y el lugar mas augusto del mundo. Bendito sea mil veces el verdadero altar de los perfumes, donde se quemó continuamente el incienso de los santos deseos y de las fervorosas oraciones que atrajeron del cielo á nuestro Dios. Bendito sea tu sagrado cuerpo y tu alma virginal, único objeto del amor del que se huelga y se recrea entre las azucenas. Todas las almas escogidas hagan resonar en tus oidos las voces de aclamacion y júbilo con que fué saludada la casta Judit, y sepan todos que Dios ha confortado tu corazon y te ha dado un valor varonil, porque amaste la castidad; por lo cual recibirás bendiciones infinitas. Bendito sea tambien el humilde concepto que tienes de tí misma, con el que te captaste la gracia del principe del cielo. En fin bendita sea tu santa boca y la grata palabra que pronunciaste para bien de todos los hijos de Adam.

(1) T. 2, conc., serm. 51, c. 1.

Te doy gracias por todas las mercedes que hemos obtenido por tu medio, y deseo que sean apreciadas si no en lo que merecen, á lo menos tanto como podamos hacer y tan largo tiempo como cojamos sus frutos.

SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO III.

QUE EN ELLA SOLA EN CALIDAD DE MADRE QUISO EL VERBO ETERNO TOMAR NUESTRA NATURALEZA.

Mucho es que la Virgen santísima atrajese á la tierra al Verbo eterno: aun mas es haberle hospedado y haberlo hecho dignamente: ¿qué será pues haberle dado la naturaleza que venia á tomar? Este es un privilegio de poder, dice S. Juan Damasceno (1), que la ensalza sobre todo lo criado. Acerca de él discurri al principio del primer tratado; pero heme aquí metido de nuevo en el asunto, porque esta calidad no es solamente el principio de las grandezas de excelencia de María, sino tambien el origen de las prerogativas de su poder. No obstante lo dicho me obligará á ser mucho mas breve de lo que hubiera sido en otro caso, y á atenerme precisamente al poder que se manifiesta en el título de madre de Dios y en el misterio de la Encarnacion.

(1) Orat. 1. de nativ. B. Virg.

§. 1.—Del poder general de la madre de Dios sobre toda la naturaleza criada que se manifiesta en el misterio de la encarnacion.

I. No sin profundo misterio debiendo el profeta Isaiás de escribir, aunque en poquísimas palabras, la promesa de la encarnacion del Verbo divino (1), como explican S. Epifanio (2), S. Ambrosio (3), S. Gerónimo (4), san Cirilo (5), S. Basilio (6), Procopio de Gaza (7), el abad Ruperto (8) y con ellos el parafrasta caldeo (9) y el que los hebreos llaman por honor su santo maestro, recibió orden expresa de Dios de tomar un gran rollo de pergamino; con lo que quiso dar á entender el Espíritu Santo que bajo de aquellas pocas palabras habia infinitas maravillas. Pero lo mas notable á mi parecer es que se mandó al profeta escribir en este pergamino con un estilo de hombre, es decir, de una manera que puedan entenderlo los hombres, como explica el docto Ruperto (10), en consideracion á que el misterio es de suyo tan alto, que de otra suerte no comprenderian nunca nada. Con efecto no ha de juzgarse, dice el papa S. Leon, que lo que admiraba el profeta Isaiás cuando decia: ¿Quién podrá explicar su generacion (11)? deba de entenderse de la generacion eterna del Verbo solamente, sino que se ha de tomar tambien de su generacion temporal, porque si dejamos á un lado lo que la fé nos enseña, toda palabra es muda cuando se trata de hablar de esto.

(1) Isai. VIII.

(2) Hæresi 78.

(3) In cap. I Lucæ.

(4) In cap. citat. Isai.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem.

(7) Ibidem.

(8) Ibidem.

(9) Rabbi Haccados apud Galatinum lib. 7 de arcanis, capite 18.

(10) Serm. 9.

(11) Isai. LIII.